

SEPTIEMBRE

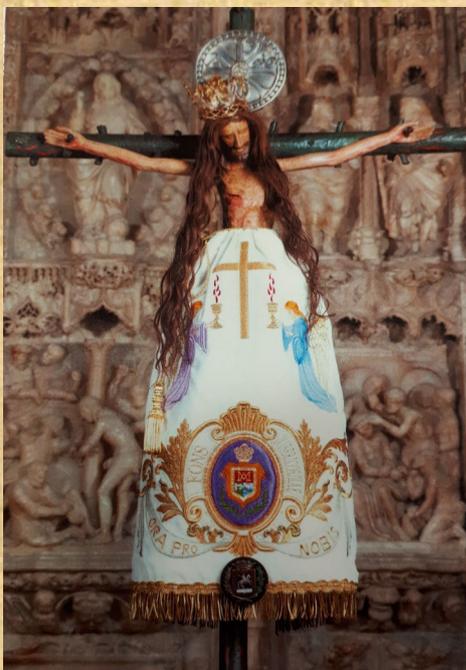
Día 12 – Santísimo Cristo de los Milagros, cuya Sagrada imagen se venera en su Capilla de la Santa Iglesia Catedral de Huesca



La devoción que los fieles de la ciudad de Huesca han tenido en todos los tiempos al Santísimo Cristo de los Milagros, desde que por vez primera sucedió un gran prodigio y desde entonces se acercan a Jesús en toda ocasión y más principalmente en los días de amargos sufrimientos y calamidades públicas para implorar su auxilio.

Esta especial devoción se remonta a fines del siglo XV y ha ido creciendo a medida que se han multiplicado los favores recibidos en las grandes sequías, pestes, guerras y todo género de desgracias, siendo el Santísimo Cristo de los Milagros el supremo recurso de los oscenses.

La Santa Capilla es privilegiada y está agregada a la de San Gregorio de Roma por breve de Gregorio XIII de 15 de marzo de 1577, y el Ilmo. Sr. D. Pedro del Frago, obispo que fue de la Diócesis de Huesca, consagró el altar en que hoy se venera tan Sacratísima Imagen el 31 de marzo de 1578.



El Padre Saturnino también profesó gran devoción a esta Imagen del Santísimo Cristo de los Milagros. En su Capilla y Altar a diario celebraba la Eucaristía y pasaba largos ratos de oración.

En 1885 costó el embaldosado de esta Capilla con cuadros de mármol fino de Bélgica el blanco y de Carrara el negro.

También compró una cortina de terciopelo morado de seda con bordados de oro fino al relieve y franja también de oro fino, hecha por las Adoratrices de Valencia en 1883.

Amoroso Redentor, ante esta imagen bendita, reverentes nos postramos gemimos y suspiramos en demanda de favor.

Pues sois bondad infinita, no nos dejéis sin consuelo y enviadnos desde el cielo alivio en nuestro dolor

HOMILIA DEL PADRE SATURNINO EN LA FESTIVIDAD
DE LA NATIVIDAD DE LA VIRGEN MARÍA EL 8 DE SEPTIEMBRE

NATIVIDAD DE MARÍA SANTÍSIMA ¹

"Egredietur virga de radice lesse, et flos de radice eius ascendet. Et requiescet super eum spiritus Domini."

"Saldrá un vástago del tronco de Jesé, y un retoño de sus raíces brotará. Reposará sobre él el espíritu de Yahveh." Is 11,1-2

Los filósofos que, fijando su contemplación en el mundo físico o de la materia, no saben translimitarse, creen que todo se acaba con el horizonte y debieran pensar que cuanto aquí existe no es más bien otra cosa que un grosero diseño, una miniatura tosca de otro mundo mucho mejor y más capaz de satisfacer a la curiosidad insaciable y a todas las inclinaciones de la inteligencia humana. ¡Ah, y cuán bien aprenderían a apreciar la religión cristiana, cuánta armonía pudieran hallar en sus misterios y verdades si, bajo este aspecto, dirigiesen sus investigaciones! Aquí verían que, si hay en el mundo un sol, fuente de la luz y del calor, origen de la vida y principio de todo movimiento, también hay en el orden de la gracia un sol de justicia de quien nace toda ciencia, un abismo insondable de quien se comunica a todos el ardor vivificante de la caridad y un tesoro de verdadera vida de donde parten todos los movimientos de los hombres hacia el cielo. Y si en el sistema físico es indispensable que haya un astro en donde más que en ninguna otra parte se reciban los luminosos rayos del sol para que en su ausencia los refleje sobre la tierra, también verán en la economía de la salvación una luna que, criada de intento por Dios para suplente de su inefable luz, nos pudiese guiar al término de nuestra peregrinación en el estrecho, oscuro y difícil valle de lágrimas en que vivimos como desterrados del cielo y peregrinos que caminan a la patria.

De esperar era que esto hubiese para consuelo y esperanza de los mortales, porque escrito estaba que "el día o la luz, comunica al día la palabra o su resplandor, y que la noche indica a la noche la ciencia o el conocimiento": dies diei eructat verbum; et nox nocti indicat scientiam². Dios Padre, quiere decir participó a su hijo lo que debía enseñarnos y nosotros debíamos saber, y el hombre-Dios indicó a los mortales la ciencia que debía salvarnos, según

¹ Sermón 8 de septiembre

² Sal 19,3

aquello que dijo el mismo: "Os manifesté cuanto oí de mi Eterno Padre"³. ¿Pero y a todos igualmente y de la misma manera? No, el Sol templea sus rayos en las nubes cuando el hombre los ha de mirar, y la luz se modifica en el espacio para que los ojos flacos la puedan percibir. Así el mediador por los apóstoles comunicó a los pueblos su doctrina y por medio de una mujer, la más grande de todas las criaturas, la más Santa de sus obras, nos manifestó lo que era la naturaleza humana cuando, salida de sus manos, no había sido manchada con la culpa, lo que podíamos ser los hombres levantados, purificados y reengendrados por la gracia.

Esto necesitábamos, caminando entre tinieblas sin percibir otra cosa los hombres en este mundo que horribles sombras de muerte, necesitábamos que la aurora apareciese y nos consolase en el orden espiritual, como en el material y físico consuelan los primeros albores del día al viajero extraviado que no sabe dónde está. Lo necesitábamos; el Señor nos lo había prometido y he aquí que, según sus promesas, la raíz de Jesé produce un hermoso tallo, en el que podemos encontrar todo cuanto hayamos menester en esta tierra de destierro. De la estirpe de David nace hoy la Virgen María y, con ella, nace hoy para nosotros la Aurora que precede al Sol Santo de Justicia, la luna que ha de reflejarnos sus rayos, la hermosa palmera que en el desierto de este mundo ha de proporcionarnos frescor que nos refrigere, sombra que nos consuele y defienda, amparo que nos proteja y nos salve... Sí, la vara prodigiosa nacida de la raíz de Jesé, como dijo Isaías, cuya flor, que lo fue Cristo Jesús, extendió por todo el mundo su fragancia. Egredietur virga de radice...

No hay ya temores, no hay motivo de desesperación, no hay causa para el desaliento. Hoy nació María, hoy sale al mundo por primera vez la que ha de unir en su seno a Dios y al hombre, ¿qué no podemos prometernos al considerar esta vara preciosa que ha hecho germinar el cielo? ¡Oh día feliz! ¡Oh día dichosísimo! Este es el día que predijeron los Profetas, esperaron los Patriarcas y que desearon todos los siglos. Este es el día en que, como dice San Jerónimo⁴, se abren ya las puertas estériles de Joaquín y Ana, padres de Virgen tan esclarecida, para dar a la naturaleza humana la puerta divina, que refiere el profeta Ezequiel⁵ y por donde había de entrar Dios corporalmente para remediar todos sus males. Este es el día en que descubrió Dios la escalera viva⁶, que había labrado por sus manos y por donde el mismo Dios había de bajar del cielo, para ser visto en la tierra y conversar con los hombres. Este es el día, en que por todo el mundo corren aires suaves de alegría, dando la dichosa nueva de que pronto aparecerá el Sol, pues que ya ha nacido la Aurora aclamada con tantas voces, figurada con tantas sombras y solicitada con tantos gemidos. Este es el día en que salió a luz y nació la

³ [Jn 15,15]

⁴ De Nativit. Mariae

⁵ Ez 44,1

⁶ Gn 28,12

Sacratísima Virgen María. Mas ¿y cómo nace? ¿y para qué nace? ¡Oh! la Virgen de Judá no nace entre lágrimas y suspiros como las demás criaturas, sino arrebatada en un éxtasis altísimo⁷; no nace como los otros niños, sin gracia y en pecado, sino toda pura, toda hermosa, toda santa y llena de gracia, según dice el Angélico Doctor Santo Tomás⁸. Así nació ¿y para qué nació así? Todos vosotros lo sabéis, para ser Madre del Salvador, del Mesías prometido, del Reparador del linaje humano. Justo es, pues, el júbilo que embarga hoy nuestros corazones, asociándonos a los alegres cantos con que la Santa Iglesia celebra el nacimiento de María, y a fin de que este gozo y alegría sean completos y perfectos en lo posible, yo por mi parte, voy a ofrecer a vuestra consideración y como objeto principal de mi discurso, dos puntos para excitar en vuestro ánimo los sentimientos de veneración y gratitud hacia la Santísima Virgen.

Será el primero manifestaros, en cuanto sea dada a mi insuficiencia, quién es María, según el orden de la gracia, y el segundo que María nació para ser medianera entre Dios y los hombres.

Asístame el Espíritu divino, cuyas luces y auxilios pido humildemente, ayudándome vosotros a impetrarlos por la mediación de la Inmaculada Madre de Dios, a quien repetimos con el Ángel: Ave María.

Egredietur virga de radice lesse, et flos de radice eius ascendet. Et requiescet super eum spiritus Domini.

No ha de juzgarse de las grandezas de la Santísima Virgen por las apariencias, pues estas no hacen ostensible la verdad, sino la vanidad. Menester es que busquemos la verdad en lo que no está al alcance de los sentidos y para hallarla, fijémonos en el evangelio, que es el oráculo de la misma y veamos cómo nos presenta magnífica y pomposa su entrada en el mundo en el día de su natalidad, cuyo aniversario celebramos hoy con la Iglesia. Confesemos que cuanto se ha dicho hasta ahora de la gloria de los conquistadores y de la magnificencia de los reyes más poderosos es en cotejo suyo lo que una piedra tosca comparada con un diamante: ya se fije la vista en lo que la precede, ya en lo que la acompaña o rodea, o bien en lo que la sigue, en todas partes hallaremos maravillas que arrebaten nuestra admiración.

¿Queremos ver lo que la precede? Pues el Santo Evangelio de este día hace mención de una multitud de patriarcas, profetas y reyes que caminan delante de María a manera de la

⁷ Virgen María de Jesús de Agreda part. 1, lib. 1, num 316.

⁸ 3 p.g. 27 art. 5.

guardia noble que abre el paso al Soberano cuando se muestra en público con la pompa y esplendor de la majestad. En él son nombrados Abraham, Isaac, David, Salomón, Roboam, Josafat, Ozías y muchísimos otros reyes que fueron sus abuelos: he aquí la magnífica corte de sabios, de santos y regios personajes que lleva por delante. ¿Quién imaginaría más grandioso espectáculo? Si consideramos lo que acompaña y rodea su persona, ¿no parece que todos los siglos pasados renacen para venir a escuadronarse en derredor de ella y formarle una espléndida corona? Contando la Sagrada Escritura todas las generaciones desde Abraham, o más bien desde Adán hasta ella, como que las llama de sus tumbas, las cita y quiere que estén presentes para que la glorifiquen con sus aclamaciones, formando una armonía universal, por esto dijo un grande Emperador: "que María era el panegírico de todos los siglos", y ella ha dicho en su cántico⁹: que todas las generaciones la llamarán bienaventurada, Ex hoc beatam me dicent omnes generationes. Ved aquí lo que acompaña. ¿Cuándo se ha visto una corte más augusta o más numerosa?

Mayores prodigios descubriremos en lo que le sigue: allí aparecerá la majestad del mismo Dios, observaremos que el Supremo Monarca del mundo, el propio Hijo de Dios se hizo de su comitiva y, aun no contento con esto, se puso bajo su dominio, porque Él es su único hijo. Pero aún hay más, pues con el Hijo de Dios entran a ser de la familia de María todos los Santos, todos los predestinados, todos los que componen la iglesia triunfante y militante, toda esa muchedumbre de reyes de la eternidad que forman con Jesucristo un solo cuerpo místico. ¡Oh Dios! ¡Qué grandeza! ¡Qué magnificencia! ¡Qué asombro!

Ahora bien, contemplando lo que a María precede al entrar en el mundo, lo que la acompaña y sigue, sin duda que nuestra mente abismada en océanos de luz se pierde en un éxtasis de admiración. Si los triunfos más extraordinarios y encarecidos en las historias sagradas y profanas, no tienen nada que se aproxime al magnífico y majestuoso aparato con que se presenta la Madre del Rey de reyes. Si esta Soberana Señora es un mar inmenso de grandezas, un piélago impenetrable de excelencias ¿quién será capaz de explicar las virtudes y prerrogativas con que la dotó su Criador, que sea María en el orden de la gracia? No es posible a lengua humana, dice Santo Tomás de Villanueva¹⁰. Lo que sí se puede asegurar siguiendo la doctrina común de los Santos Padres es que, cuantos dones y privilegios fueron concedidos aun a los Santos más favorecidos por el Señor, se concedieron a María de un modo muy especial y eminente, pues como afirma San Bernardo¹¹: "No es justo pensar que lo que fue dispensado a cualquiera de los mortales, no lo fuera a tan esclarecida Virgen". A los demás

⁹ Lc 1,48

¹⁰ Villan. conc. 3. Nativ. Virg n.3

¹¹ S. Bernar. Epist. 174

Santos, expresa San Jerónimo¹², se dio la gracia por partes, pero a María se infundió toda la plenitud de la gracia, siendo de creer que mereció tener más aventajados privilegios de virtudes y gracias que todos aquellos, por lo que justamente podemos decir de ella con el Real Profeta¹³: que desde luego se dejó ver sentada a la diestra de Dios, resplandeciente con el oro de la caridad y rodeada de la variedad de todas las virtudes y, de tal manera, que aun cuando muchas hijas de la Iglesia triunfante y militante hicieron grande acopio de riquezas espirituales, María sobrepujó a todas ellas: Tu supergressa es universas¹⁴. No es extraño pues que el Seráfico Doctor San Buenaventura dando la razón del porqué nuestra Madre la Iglesia aplica a la Virgen y canta en sus festividades aquellas palabras del Eclesiástico¹⁵: en la plenitud de los santos es mi morada, diga¹⁶, "Que ninguna plenitud de gracia estuvo en estos, que no tuviera María más copiosamente, no solo al fin de su vida, sino desde el principio de ella, pues que sus fundamentos, según David¹⁷, fueron sobre los montes santos. ¿Y qué mucho esto, si como dice Salomón¹⁸, había de ser la casa donde había de habitar el Hijo de Dios? Si el Monarca de cielos y tierra hizo para sus siervos casa tan grandiosa, cual es todo este mundo visible, hermoseedada con tanta variedad de flores, enriquecida con tanta diversidad de minerales preciosos, y adornada con tan agradable amenidad de árboles, plantas, ríos y fuentes, todo para el servicio, sustento y regalos de los hombres ¿cuál no sería la que, desde la eternidad, tenía destinada para servir de morada a su propio Hijo el Verbo encarnado? El hombre no puede conocerlo y sí tan solo Dios que la formó es quien comprende la eminencia impenetrable de sus grandezas.

Ved, cuan ennoblecida, cuan llena de bendiciones celestiales se nos ofrece María considerada en el orden de la gracia, cuan engrandecida por la Omnipotencia divina nace al mundo, pudiendo nosotros al contemplarla tan extraordinaria en perfecciones como bellísima en virtudes, repetir hoy con San Juan en su Apocalipsis¹⁹: Milagro grandísimo apareció en el cielo, una mujer vestida del Sol. Que es como si dijera, llena de divinos resplandores, que parece toda divina, cuya grandeza admiran los Ángeles en el cielo y los hombres en la tierra. Concluyo pues la materia de mi primera reflexión, afirmando con un célebre escritor católico de nuestros días que, como quiera consideremos y contemplemos a María Santísima, siempre se

¹² Hier. Espist. ad Paul de Assump. Virg.

¹³ Sal 45,10

¹⁴ [Pr 31,29: "¡Muchas mujeres hicieron proezas, pero tú las superas a todas!"]

¹⁵ Si 24,3 [Aparece en la Biblia Vulgata, pero no en la de Jerusalén.]

¹⁶ Bonav. in speci. cap. 5º

¹⁷ Sal 87,1

¹⁸ Sb 9,8

¹⁹ Ap 12,1

ofrecerá a nuestra vista cual objeto de admiración grande, de maravilla inaudita, con especialidad en la perfección de gracias y virtudes que poseyó en grado más heroico y eminente, porque ni le faltó la pureza de los Ángeles, ni la fe de los Patriarcas, ni la sabiduría de los Profetas, ni el celo de los Apóstoles, ni la paciencia de los Mártires, ni la inocencia y humildad de las Vírgenes. Tal es, aunque ligera e imperfectamente delineado, el cuadro de privilegios sobrenaturales y prerrogativas excelsas que tuvo la purísima Inmaculada Virgen desde su nacimiento dichoso, las grandezas extraordinarias con que Dios condecoró a nuestra Soberana Reina desde su niñez, manifestando en este modo de obrar, que era en su divino amor la predilecta, la escogida, la preservada de toda ruina y mancha original, la enriquecida y hermoseedada con el mayor ornato que se podía dar a criatura pura, pues la vistió del Sol, la coronó de estrellas y puso por alfombra de sus sagradas plantas a la luna, como nos dice San Juan en su Apocalipsis²⁰.

¡Oh Virgen excelsa! ¡Oh Niña feliz! Seáis mil veces bendita y alabada en los Cielos y en la Tierra. Seáis bien venida al mundo, pues os presentáis en él tan colmada y enriquecida de gracias y virtudes para dicha vuestra. Sí, para dicha suya, puesto que María nace para hacer felices a los hombres. Contra éstos estaba dado el decreto de muerte, cual en tiempo de Asuero contra el pueblo judío y, si a éste le salvó la bella Esther con su mediación, María mucho más bella y hermosa que aquella en el orden de la naturaleza y gracia, como hemos visto, interpondrá su valimiento ante el divino Asuero y salvará al linaje humano que es el segundo concepto que os propuse y me resta probaros²¹.

Triste es ciertamente el espectáculo que ofrecía el mundo en la época inmediata a la de su reparación. Densas tinieblas de infidelidad y de una corrupción moral, la más espantosa, cubrían a todo el globo, la superstición pagana llevada a todas partes por las legiones victoriosas del imperio romano y la justicia y el derecho no eran otra cosa más que el abuso de la fuerza y la dominación de la violencia. Crímenes y sangre, tiranía y usurpaciones, injusticia e intrigas, opresión del débil por el fuerte, guerra de todos contra todos y, sin otro motivo, que el de dominarse o despojarse unos a otros, prostitución, adulaciones las más serviles, calumnias y despojos y, en fin, una desmoralización general era lo que se veía en la política y los particulares, en el trono como en las familias, en los magnates como en los simples ciudadanos. El cielo no podía por consiguiente mirar sin irritarse al suelo y como la justicia de Dios es siempre por el desorden moral, todo hacía presentir la ruina del mundo por sí mismo y sin remedio. Y esto es lo que habría efectivamente sucedido, si de la raíz de Jesé, germinando ocultamente a través de los siglos, no hubiera al cabo brotado una misteriosa vara que,

²⁰ Ap 12, 1

²¹ [Este párrafo se encuentra duplicado: una vez en el texto y otra en un suelto aparte. Este último es más completo por lo que se ha decidido incluirlo como original; no obstante, se ha señalado en cursiva el texto íntegro del original y que es común a los dos.]

embelesando los ojos del Altísimo con el brillo precioso de sus virtudes y méritos, le hubiera movido a tener piedad del mundo en que nacía y de los hombres de que nacía. Pero el Dios grande que de sí solo es piadoso había previsto los males de antemano, y para remediarlos había preordenado también los sucesos en términos, que cuando llegase el mal a su colmo, entonces apareciese lo que podía contener su brazo y, en consecuencia, cuando toda carne por segunda vez había corrompido sus caminos, entonces y, antes de verse precisado a abrir nuevamente las cataratas del cielo, hizo que apareciese el hermoso Iris de paz, que se manifestase la estrella de conciliación, que la raíz de Jesé, en una palabra, produjese el vástago de que había de nacer la flor que reconciliara al mundo con Dios, pero en términos que el mismo mundo expiase por sus virtudes los pecados que antes lo hacían odioso al cielo. Es decir, que nació María en el día de hoy y apareció para el mundo la esperanza. En medio de la noche oscura del error y de la culpa que cubría a la tierra toda, se dejaron ver en este nacimiento los rayos de una aurora vital que le aseguraba su existencia y un porvenir dichoso y por esto la Iglesia ha mirado este día como el primero en orden del tiempo a que se debe su estado dichoso y ha obligado a sus hijos a que lo saluden como al exordio de aquella serie de maravillas que la sacaron de la abyección en que se hallaba. Sí, porque del nacimiento de María serán consecuencias preciosas la reforma del mundo, la confusión del infierno, la emancipación del hombre, el imperio de la justicia, el conocimiento del verdadero Dios y la cultura de la virtud. Tanta luz vino después de tan grande obscuridad, tanta abundancia de bienes después de tan lastimosa copia de males y todo nos lo trajo María. Paz al mundo, esperanza a los hombres, gozo al cielo, gloria a Dios, alegría a los Ángeles, honor a nuestro linaje, consuelo a los afligidos, alivio a los atribulados, confianza a los pecadores, apoyo a los justos, a los humildes grandeza y humillación a los grandes, todo esto nos lo trae María naciendo y de todo esto ha de hacer el mundo tal experiencia, cuando se vayan desarrollando los fines de su glorioso nacimiento, que ha de poder decir como Salomón de la Sabiduría: "Todos los bienes me han venido a un mismo tiempo con ella".

En efecto, no hay mal de gravedad que pese sobre el mundo que no desaparezca al nacer María. El oprobio de la maldición, de que fue causa la primera mujer, desaparece. Un ángel vendrá dentro de algunos años y, diciendo a esta graciosa niña que es bendita entre todas las mujeres, nos hará ver que se han anulado para ella los efectos del anatema que lanzó Dios en el paraíso contra la tierra y sus habitantes. El diluvio del pecado que anegaba a toda carne arrastrándola a la perdición eterna en sus cenagosas corrientes, desaparece. Dentro de algún tiempo el verdadero Noé hará de ella un arca de salvación para todos cuantos a la misma se acojan. El hambre que aflige en el desierto a los Israelitas desaparece, porque por María ha de venir al mundo el verdadero Maná que alimentará a los hombres para la vida eterna. ¿Qué más? Imaginad cuantos males queráis, figuraos a Dios representado en David que arma su diestra contra el mundo y veréis que María, figurada en Abigail, lo aplaca y nos lo

vuelve misericordioso; pensad que Salomón en el principio de su reinado es una imagen de la divinidad, veréis que su madre se le acerca para implorar clemencia por los culpados y oiréis que, cual si fuese el árbitro de los destinos del mundo le dice: "Pide, Madre mía, pues no es justo ni conveniente que yo deseche tu ruego". ¿Y qué no hemos de esperar de Jesucristo, cuando así habla a María, a la que nace hoy para interceder por nosotros?

Bendita una y mil veces seas, o María, ennoblecedora del linaje humano, y bendito sea el pensamiento inefable de nuestro Dios a que debemos el que seas lo que eres y el nacer cómo y cuándo naces. No en vano la Iglesia nuestra madre al contemplarte recién nacida, sí, pero con tendencia al destino para que vienes al mundo, te saluda, llamándote gloria de la Jerusalén celestial, alegría del mundo y honor de nuestro linaje. Y nosotros, uniendo nuestros votos a los suyos, podemos saludarte también, apellidándote honra de tus padres, hermosura de la naturaleza humana, piélago insondable de gracias y feliz restauradora del mundo, y debemos repetir con los Evangelistas: "dichoso el vientre donde fuiste formada, puesto que Vos, Señora, sois la gloria de los Sacerdotes, la esperanza de los Cristianos, la planta fertilísima de la Virginidad y, por decirlo de una vez, la Raíz de Jessé productora de aquel vástago misterioso que diera para los hijos desgraciados de Adán los inapreciables frutos de paz, de gracia y de gloria. Por todo esto, cuando os contemplamos en el orden sobrenatural y admiramos toda llena de gracias y privilegios excelsos, reconocemos en Vos la Madre dignísima del Hijo de Dios, así como en vuestra misión de Medianera entre Dios y los hombres, estos os proclaman justamente Madre suya." Egredietur virga...

Quedan probadas las dos ideas que propuse como objeto principal de mi discurso, no restándome otra cosa que excitar vuestros sentimientos de gratitud hacia nuestro Dios y Señor por los beneficios sin cuento de que les somos deudores y nos deparó su infinita misericordia con el nacimiento de María Santísima. Porque si dichosos podemos llamar a los siglos que han seguido al día esplendoroso del nacimiento de esa Virgen Inmaculada, mil veces más dichosos somos los que hemos tenido la gloria de nacer después de ella. ¡Oh Dios! ¿qué más hicimos nosotros que todas aquellas generaciones que nacieron en aquellos siglos, en los cuales aún no había aparecido esta aurora de salud y consuelo? Aquellas entraron en el mundo durante la noche del pecado y nosotros en el día de la gracia, aquellas caminaron con paso lánguido por sendas de tinieblas y de miserias y nosotros vivimos en medio de la luz y en la abundancia de las consolaciones divinas, aquellas murieron en la esperanza y nosotros gozamos de la suprema felicidad. ¡Oh providencia amable la del Señor para con nosotros! Todos los que vivieron en tiempos del Antiguo Testamento pedían ver el día de la gracia y no lo alcanzaron a ver y nosotros lo vemos sin haberlo pedido. ¿No podíamos haber nacido en aquellos tiempos, en aquellos lugares, en medio del paganismo? ¿Qué méritos han sido los nuestros para que el Autor de nuestras vidas nos haya destinado a nacer en días de salud y en el seno de la ley de gracia y nos haya puesto en medio de un océano de bienes, habiendo hecho nacer tantos

millones de almas que no valían menos que las nuestras, en tiempos y países que no le conocían? ¿Y por qué con nosotros tan grande predilección? ¡Quién no queda arrebatado al contemplar la intimidad que hoy tenemos con Jesús y María! Los conocemos, hablamos de ellos con frecuencia, conversamos familiarmente con ellos en la oración, les hablamos y ellos nos responden, les pedimos y ellos condescienden con nuestras peticiones. ¡Oh Dios de amor! ¡Oh Madre de bondad! Si los siglos pasados hubiesen visto de lejos nuestra ventura ¡cuánto la hubieran envidiado!

¡Mas ay! ¡Cuán horrorosa es nuestra ingratitud! Casi no nos acordamos de tanta dicha, ignorantes no sabemos gozar de nuestra fortuna, nos abate la tristeza, nos abate la pusilanimidad, nos atan las más pequeñas contrariedades de la vida presente cuando debiéramos estar siempre respirando alegría y llenos de un santo alborozo porque poseemos el supremo bien, por el cual suspiraban los pasados siglos. ¡Ingratos! Aun nos quejamos vilmente cuando toda nuestra vida debía ser un himno incesante de acción de gracias, de bendición y de alabanza.

Pero ya no será así, Aurora de la vida, dulzura del mundo, alegría del cielo. Os prometemos, Señora, que ya no será así. No seremos tan ingratos en adelante, y, para ser fieles y agradecidos a Dios, nos ponemos debajo de vuestro patrocinio que es dulcísimo a la par que poderoso. Con él triunfaremos de nuestros enemigos todos, seguiremos constantes el camino que nos traza la ley divina, nos mantendremos en la gracia de vuestro Hijo Santísimo y, después de una vida cristiana a que seguirá naturalmente una muerte dichosa, alcanzaremos el premio eterno en la morada de los bienaventurados, donde como a Reina y Señora de los Cielos os alabaremos por siglos sin fin. Amén.